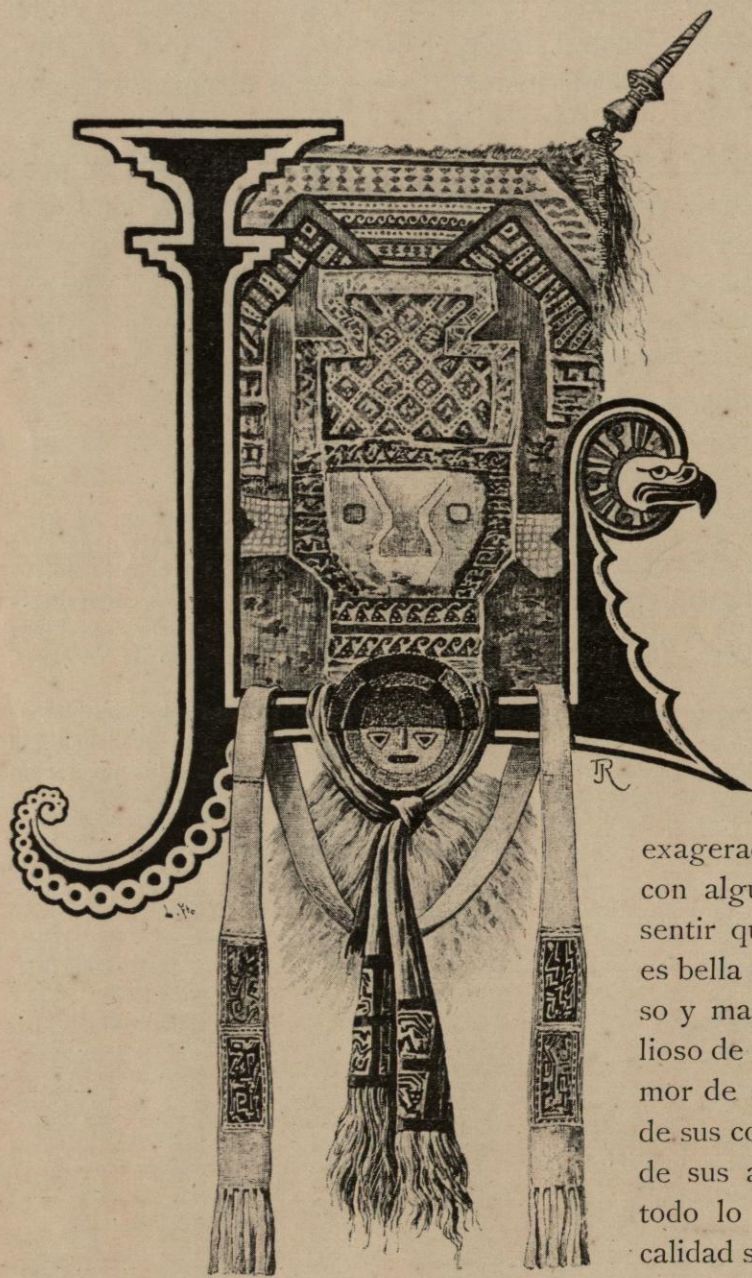


EL CUMPI-UNCU HALLADO EN PACHACÁMAC



I

ADVERTENCIA PREPARATORIA

A indumentaria de los antiguos peruanos ó *tahuantinsuyus*, en puridad sea dicho, está representada en nuestro Museo Arqueológico por una sola prenda: el original del cromo correspondiente al 5.º número de EL CENTENARIO; pero bien puede afirmarse sin

exageración, que después de mirarla con algún espacio, se olvida uno de sentir que le falte compañía. Porque es bella de veras, y no por lo ostentoso y magnífico de su aspecto y lo valioso de sus materiales, sino por el primor de su tejido, la frescura y viveza de sus colores, la artística combinación de sus adornos, en una palabra, por todo lo que realmente constituye la calidad superior más propia y característica de esta clase de artefactos.

Á tales excelencias reúne la de su estado de conservación, tan perfecto, que al

juntarse con otras alhajas americanas en el Gabinete de Historia Natural á fines del pasado siglo, y durante los años que estuvo allí escondida como en segunda *huaca* ó sepultura, no había otra de su misma procedencia en Europa tan cabal y entera; y después de los copiosísimos hallazgos con que han enriquecido la etnografía peruana las frecuentes exhumaciones practicadas en el mismo paraje donde se encontró y en las innumerables *gentilares* de la zona costeña comprendida entre Arica y Trujillo, acaso no haya dos que puedan, en aquel concepto, disputarle la primacía.

Y esta circunstancia que, además de contribuir á la justa estimación del valor del objeto, facilita su estudio, me ha movido á sacar de los límites de una mera descripción monográfica el asunto de este trabajo y ampliarlo, en obsequio de su utilidad, con algunas nociones acerca del arte de tejer entre los *tahuantinsuyus*, y más especialmente de los productos de esta industria destinados al traje. Mi intención, aunque sobre la materia hay poquísimo escrito en castellano y publicado mucho menos, es ser breve y hacerme soportable á mis lectores; pero como los propósitos, aun los más sinceros, con que se comienza un escrito no suelen parecer después de terminado, temo que en vez de un artículo digno de esta revista, me resulte algo así como *apuntes de un tejedor precolombiano*.

II

TELARES Y UTENSILIOS COMPLEMENTARIOS

Nada más sencillo ni de más primitiva estructura que los telares peruanos de las épocas prehispánicas. Allá se andarían los del tiempo del último Inca con el de Mama Ocllo Huaco, la primera mujer que urdió y tramó en dominios de su hermano y consorte Manco Cápac, según refiere Garcilaso ó la fábula ¹; y los Omaguas, Cocamas, Piros y demás caribes del alto Amazonas hubieran podido presentar los suyos en honrosa competencia con el de la sagrada y veneranda madre de las *coyas*.

Las piezas fundamentales se reducían á dos palos rollizos de longitud y diámetro variables: uno, donde fijaban la urdimbre, llamado *illahua kcaspi* en quíchua, y *alaa apiasi* en aymará; y otro para envolver lo tejido: *tocoro* q. y *mancca apiasi* ay. Para labores ordinarias y telas de poca anchura, como fajas, vendas, etc., bastaba sujetar la urdimbrera á la rama ó al tronco de un árbol ó á un varal derecho, por medio de una cuerda dispuesta como en los pendones de cofradía, y sostener el *tocoro* con la

¹ Una tradición consignada por el franciscano Fr. Buenaventura de Salinas en su *Memorial de las historias del nuevo mundo Pirú* (Lima, 1630—cap. I), dice que el principio del tejer en ese reino, fué en la tercera de sus antiguas edades, la denominada de *Purun runa*, un fiero y belicoso montañés que, abandonando sus breñas, bajó á lo llano con todos los hombres que quedaron de la edad anterior, y se echó á «edificar casas en los valles, levantando tapias y paredes en los riscos, tejiendo mantas y camisetas de lana para su vestido, variánjolo en colores, etc.» Lo malo es, que como los peruanos no tuvieron un P. Petavio que les ajustara sus cronologías, no sabemos si *Purun runa* vino antes ó después de Mama Ocllo; por lo cual, el lector puede quedarse con el cuento que más le guste.

mano izquierda. Pero lo más común era amarrar este palo y su compañero á cuatro estacas hincadas en tierra (*alluina taccarpu* q., *cchacura* ay.), para tesar la urdimbre y levantarla del suelo cosa de una tercia, quedando en la mejor disposición para tejer en cuclillas, postura favorita del indio y para él la más cómoda así cuando trabaja como cuando descansa vivo ó muerto.

Los avíos auxiliares del oficio y complemento del telar eran los siguientes: un palillo para pasar el hilo de la trama por entre la urdimbre, como lo hace nuestra lanzadera (*minicuma* q., *hakhchaña* ay.)¹; un estrecho listón de madera muy compacta, unas veces con ambos bordes afilados como hoja de espada, otras con sólo uno de ellos y curvo como los sables², que servía para apretar la trama (*kca'llhua* q., *hahasaa* ay.); un punzón de hueso para perfeccionar el *apretado*, cuando era menester, hilo por hilo (*ruqqui* q., *uicchu cata* ay.); y un palo rollizo y de la misma longitud que los del telar, para abrir la urdimbre y dejar paso á la lanzadera (*aakha*, *sau apiasiri* ay.)

Llamaban al telar ó sea al *tocono* y la urdimbrera juntos, *alluina kcaspicuna* en q. y *sau lahuanacca* en ay.; al telar, las estacas y los demás instrumentos auxiliares, en conjunto, *ahuanacuna* q. y al sitio donde armaban el telar *alluina*; el cual solía ser en el patio (*cancha*) ó á la puerta de casa, porque sus habitaciones carecían de ventanas y no tenían más luz que la que entraba por las puertas.

Es de advertir, que cuando la pieza en proyecto había de ser muy grande y primorosa, el telar se trocaba en bastidor, que alzaban y arrimaban inclinado á una pared y labraban la tela puestos en pie y en la misma forma y disposición que los obradores flamencos sus tapices de alto lizo.

Con estos rudimentarios aparejos realizaron los antiguos tejedores peruanos verdaderos portentos industriales que en variedad, primor, riqueza y originalidad de estilo y hermosura, rayaban con los orientales, superaban á cualesquiera otros de los americanos, y algunos, por el ingenioso artificio de su textura á dos haces, no tenían su par en Europa ni en Asia; de todo lo cual se hacían lenguas y deshacían en ponderaciones nuestros escritores de Indias; si bien el hecho es cosa más digna de admiración que de extrañeza, pues en los comienzos de su cultura, las manifestaciones y expansiones artísticas de las razas dotadas con el instinto ó facultad de embellecer las cosas útiles y aun las puramente necesarias para la vida, van siempre

¹ En el Museo Arqueológico de Madrid hay un modelo de lanzadera peruana en forma de prisma prolongado, con una como pinza en cada extremo y con dos de sus caras acanaladas, muy semejante á los malleros ó agujas de hacer malla; y entre las láminas que ilustraban el texto (perdido por desgracia) de la *Historia del obispado de Trujillo* que mandó escribir á fines del pasado siglo su prelado el sabio aragonés D. Baltasar Jaime Martínez Compañón, hay figurada otra lanzadera de plata, compuesta de un tubito rodeado en su parte media de una á modo de ampolla abierta por un lado á lo largo. Pero dudo que la una y la otra representen la auténtica *minicuma* de los antiguos tejedores quíchuas y chimus; la cual, en realidad, era un carrete de hilo muy prolongado, fusiforme, y con uno de los cabos suelto.

² En el mismo Museo existe una colección muy variada de modelos de estos *apretadores*; comprende los números 1.061 á 1.064. La señalada con el último número tiene la forma de hierro de lanza muy prolongado. Hay además otra colección de los mismos utensilios, pero antiguos, señalada con los números 1.055 á 1.059.

más allá que el perfeccionamiento de los mecanismos por medio de los cuales tienen que expresarlas, el cual suplen á fuerza de paciencia, tiempo, sagacidad y observación, y además con la aptitud hereditaria para ciertas industrias que se adquiere con su constante ejercicio por los de una misma parentela y de generación en generación.

III

MATERIAS TEXTILES.—TINTOTERÍA.—HILADO.—TEJIDOS DIVERSOS

Con la descripción de los telares y sus utensilios adjuntos, hecha más arriba, creo que basta para comprender sin esfuerzo de qué manera funcionaban y cómo les hacían funcionar los tejedores quíchuas, aymaraes y yuncas (*ahuay camayoc*, *cumpi camayoc* q., *sauri ay.*). Digamos, pues, ahora y sin más preámbulos, de las telas que con ellos fabricaban, indicando primero las materias textiles de que se servían y su preparación por medio del hilado y del tinte.

Eran éstas algodón de dos clases, el blanco y el leonado, que cultivaban en los valles yuncas andinos y costeños (*utcu* q., *qhuea ay.*); lana de huanacos, llamas, pacos y vicuñas (*millhua* q.), así adultos como corderos, siendo estos últimos los que proporcionaban la más blanda y fina, llamada *coña* en lengua de aymaraes, los cuales distinguían también con sus nombres la lana corta de los huanacos (*lutica*), la larga y buena (*phalata*, *supu*), la blanda (*llampu*, *ñuttu*), la áspera (*ttucu*, *uyui*) y la parda (*huapa*, *huapatiña*); y es de presumir que utilizaran además para ropas sagradas los finos vellones de las llamas albares que criaban con mucho esmero y vigilancia en rebaños aparte y destinados á los sacrificios al Sol. Además, ya solos, ya mezclados con las lanas más finas, hilaban y tejían pelos de vizcacha, chinchilla y murciélago, el más sutil de todos, pero exclusivamente para satisfacer caprichos y magníficas rarezas del soberano. Acomodaban también á sus telas con igual objeto las plumas de más lindos colores enhiladas por sus cañones, dando la preferencia á las que adornan las pechugas de los *qquentis*, tominejos ó pájaros-moscas, con visos de rubíes, topacios y esmeraldas, y el oro y la plata tirados ó en forma de menudísimo abalorio en sartales (*chaquira*), tan estimado de los Incas como lo fué después de los personajes de nuestra corte imperial. Uno de los agasajos que el gobernador del Perú, Cristóbal Vaca de Castro, estimó más eficaces para no perder ó para ganar los favores y buena voluntad de los consejeros del César, fué un mazo de chaquiras de oro y de turquesas que remitía á su mujer, encargándola en carta muy confidencial de 28 de Noviembre de 1542: «Si allá pareciere que se dé de la chaquira á doña María de Mendoza [la mujer del secretario Cobos], hágase, que yo enviaré harta, ó á alguna mujer de los del Consejo de Indias, ó á otra persona que veais que es menester y aprovechará; haceldo allá como vierdes que conviene contentar.»

No se sirvieron nunca los tejedores peruanos para sus tramas y urdimbres de hilos

sencillos, sino de doble hebra, como nuestros torzales, ó de tres ó de cuatro, como cordoncillo de pasamanero. Retorcíanlo á veces con las palmas de las manos, á veces con el mismo huso que hilaban la hebra sencilla, el cual (*capu lakua ay.*, *puchca*, q.) se componía de un palillo de á tercia y una tarja redonda ó cuadrilonga con los ángulos obtusos atravesada en el centro por el extremo inferior del vástago. Habíalos también de construcción más esmerada, en los cuales reemplazaba á la tarja un pedacito de madera, cilíndrico ó elipsoide, esculpido y pintado con primor y colocado en el centro del palillo. Pero, á decir verdad, tengo mis dudas sobre estos husos tan pulidos, que, más que tales, me parecen lanzaderas.

El grueso de los torzales variaba entre el de una driza y el de un sutil hilo de seda, y sus hebras eran de un solo color, ó de dos ó más, especialmente en los gruesos. Así en los tejidos bastos, como en algunos de los muy finos y semejantes á nuestros madapolanes y muselinas, y en los exquisitos de pelo de murciélago, vizcacha ó chinchilla, empleaban las lanas y algodones en su estado natural, y sin lavado ni preparación de ninguna clase; pero lo más común era teñirlos. Acerca de cuya operación no están conformes los autores que tratan del asunto; porque unos dicen que *siempre* teñían las lanas y algodones en pelo; otros, que después de hilados y aun después de tejidos, como parece por el vocabulario aymará del P. Ludovico Bertonio, palabra *huaycutha*: «teñir lana hilada ó por hilar ó los mismos paños». Acaso en lo antiguo teñían solamente antes de hilar, y después imitaron los procedimientos de los españoles, porque el vocabulario se imprimió el año de 1612.

Por este mismo libro sabemos también que daban el tinte en ollas ú orzas y en caliente, con tanto esmero como dan á entender las diez y nueve ó veinte voces con que se diferencian las operaciones, casos é incidencias de la tintorería aymará, que supongo sería una misma en todo el Perú, incluso los llanos yuncas ¹.

Sabían preparar multitud de colores, combinarlos, diluirlos ó condensarlos en matices muy delicados y vivos y de gran duración, especialmente en las lanas, que los tomaban, como el algodón, sin ayuda de mordientes. Todos los fundamentales, con excepción de uno solo, sacábanlos de las hojas, cortezas, flores y semillas de varias plantas: el amarillo (*kello* q. y ay., *choque*, *yuri*, *churi* ay.), de las hojas y cortezas del *molle* q. (*Schinus molle*), de la *chillca* q., *misuca* ay. (*Eupatorium chillca*); el azul (*ancas*, q., *larama* ay.), de una variedad de papas negras, del añil (*Indigofera tinctoria*), y de las flores medio pasadas de la *mullaca* ay.; el verde (*kcomer*, *chayac*, *huayllac* q., *cchokhña* ay.), del *molle* ó de la *chillca* mezclada con las papas negras; de la *chapi chapi* ay., el encarnado (*puca* q., *cancolla* ay.); el morado (*culli* q., *cchimakha* ay.) de los frutillos de la *quisca quisca* q., *huacra huacra* ay. ó de la cochinilla mezclada con el cocimiento de una variedad de maíz negro ó morado muy oscuro llamada *culli-zara* q., *colli-tonco* ay.; con el aliso (*Betula nigra*) teñían de rojo naranjado muy vivo; de otro encarnado, con una especie de rubia (*Gallium*); de negro

¹ No menos copiosos serían los catálogos que pudieran formarse con los términos técnicos de las diversas fuenas del tejido é hilado.

con una malpigiácea llamada *noro* en las provincias quiteñas y neo-granadinas; y otros más de la misma extracción, que por brevedad omito. De procedencia animal creo que no usaban más que uno, el más exquisito y preciado de todos, el grana ó carmesí (*macnu* q. y ay.), que preparaban para el tinte en forma de pastillas amasadas con los cuerpecillos secos de la cochinilla ¹, especie, á mi juicio, distinta de la que vivía y vive en los nopales de Méjico y se aclimató más tarde en las islas de Canaria. El color que prestaba esta sustancia era signo de elevada ó suprema jerarquía entre los antiguos peruanos, quizá por ser el más luminoso, el que encerraba en sí más esencia de sol. Carmesí era la tenia randada del Inca ó *mascapaicha*; carmesí del todo ó en parte era también alguna de sus vestiduras; de carmesí uniforme llevan sus *uncus* algunos personajes simbólicos ó con apariencias de divinidad, en vasos maqueados y en decoraciones de telas, y enteramente carmesí, de un tono brillante, era la camiseta ó *uncu* que vestía una de las momias peruanas que trajimos de nuestra expedición al Pacífico, la cual entre los pliegues del manto y sobre el pecho conservaba una *chacrahinca* de oro de subidos quilates (única quizá en los museos de Europa), distintivo frecuente en vasos y telas de personajes y animales de carácter sagrado ².

Se me olvidaba apuntar, que cuando los tintoreros quíchuas querían distinguir un tono más intenso y vivo en el mismo color, añadían al nombre genérico la palabra *llanka*; y así decían: *llanka panti* por el encarnado encendido y naranjado; *llanka puca* por el colorado oscuro grana; *llanka yana* por el negro atezado como azabache, etc.

Es costumbre de los que escriben con cierto método acerca de la industria textoria de los antiguos peruanos, agrupar sus telas en tres grandes divisiones: *chucos*, *ahuascas* y *cumpis*; como si dijéramos, groseras ó burdas, ordinarias y finas. Pero esta clasificación es viciosa y poco práctica, como fundada en caracteres de la vaguedad é incertidumbre que acusa la significación de aquellos nombres, que es casi imposible aplicar exactamente en muchos casos. Encuentro más natural, más técnico repartirlas en dos grandes secciones, deslindadas por las diferencias esenciales de su textura: una, en que las telas presentán por sus dos caras á la par y en igual proporción la urdimbre y la trama, como nuestros lienzos y batistas; otra, en que la trama ó la urdimbre, cualquiera de las dos, es la única que parece por el haz y el envés. Entran en la primera desde los *chucos*, cuyo tejido varía entre el de frezada de presidiario y el de cordellate y paño buriel, y era el de las mantas de dormir en el suelo, mortajas de pobre, sacos, etc., y cuando muy grueso y apretado, el de alfombrillas y cojines,—hasta las muselinas, cañamazos, linones, anjeos, gasas, etc., pasando por las cretonas y los lienzos ralos llamados *tocuyos* en el Ecuador; sobre los cuales

¹ Á estas pastillas así preparadas para teñir llamaban los aymaraes *macnu patara*.

² La joya á que me refiero es de notable tamaño; fórmala una placa semilunar batida á martillo, con su borde cóncavo prolongado en uno como pie ó sustentáculo del mismo grueso, para fijarla en la parte anterior del *chuco* ó tocado. Guárdase en nuestro Museo Antropológico.

séame permitida esta corta digresión etimológica. Que los vecinos españoles de la ciudad de Tocuyo en Venezuela, allá por el siglo XVI, viendo que con el cultivo de los campos ni con la explotación de minas tenían bastante para comer y sustentarse con alguna holgura, se echaron á tejedores; y se dieron tal maña, que pronto cundieron sus lienzos por toda la tierra y llegaron á Bogotá y á Quito, donde aprendieron á imitarlos y los labraban todavía con aquel nombre por los años de 1864, en que nos hallábamos en la capital de la República ecuatoriana preparando nuestro viaje del Amazonas y haciendo acopio de *tocuyo*, que es la *tela-moneda* corriente en las comarcas orientales y semisalvajes del antiguo *Quitú*.

Junto á los tejidos ralos y tenues antes mencionados (*llica q.*, *llaha ay.*), pueden colocarse otros también de algodón y todos muy comunes en la costa yunca, labrados á semejanza de nuestros entredoses, encajes y mallas de puntos variados.

En la segunda división pongo las *ahuascas* y *cumpis*, distinguiendo los lisos, así los del color natural de la lana, pelo ó algodón, como los teñidos uniformemente ó á barras ó listas longitudinales, de los que llevan en su textura dibujos y adornos aislados, ó dispuestos en grupos, escaques y grecas. En los lisos, los hilos de la urdimbre son siempre continuos, y para que oculten la trama, van los hilos muy apretados el uno contra el otro, operación que, á mi juicio, practicaban con el *rugqui* ó punzón de hueso, cuyo efecto resulta por igual en las dos haces. En los *cumpis* adornados, la urdimbre es unas veces longitudinal y otras transversal, advirtiéndose que nunca contribuye con la trama, como en nuestros brocados, damascos y *yutes*, por ejemplo, á formar las labores ó adornos; éstos los dibuja y pinta la trama exclusivamente, dirigiendo sus hebras de alto á bajo ó de izquierda á derecha, según la posición de la urdimbre, base y verdadero sostén en este caso del tejido; como no podía por menos, pues cada perfil, cada mancha de color por diminutos que sean lleva su hilo aparte y con entera separación de los inmediatos; y por consiguiente, con estas continuas interrupciones de la trama, la tela resultaría en pedazos sin el apoyo fijo de la urdimbre; y para mí es casi indudable que los *cumpis* de urdimbre transversal se labraban en bastidores y al modo que los tapices de alto lizo, cuyo estilo y textura imitaban los peruanos con la notabilísima ventaja de que sus adornos eran á dos haces, es decir, idénticos en el haz y el envés. Y con todo esto, llegaban á obrarlos tan finos y sutiles, que dice el P. Morúa en su *Historia de los Incas*¹, ponderando la habilidad de los tejedores de Capachica, pueblo de su doc-

¹ *Historia del origen y genealogía real de los reyes ingas del Pirú. De sus hechos, costumbres, trajes y manera de gobierno. Compuesta por el padre fray Martín de Morúa, de la Orden de Nra. Sra. de la Merced, de la redención de Captivos, conventual del convento de la gran ciudad del Cuzco, cabeza del reino y provincias del Pirú. Acabóse por el mes de mayo del año de 1590.*—Un tomo folio de 147 ff. y tres sin foliar de tablas al fin.—Original inédito.

Contiene datos muy poco conocidos y de gran interés. Lleva láminas de dibujo incorrecto é iluminadas con poco arte; pero de ella puede sacarse gran partido los arqueólogos americanistas.

El MS. existía el año de 1739 en el archivo del Colegio de la Compañía de Jesús de Alcalá de Henares. Yo le vi y pasé con espacio en el de Poyane el año de 1879.—El tomo 23 de la colección de D. Juan Bautista

trina, á orillas de laguna de Chucuito: «Tengo en mi poder una camiseta del propio inga que la hube en el dicho pueblo, que cabe en un puño; y aun en hartas ocasiones me han querido coger para sus errores, pues es muy finísima, que no hay quien la vea que no se quede admirado y aun espantado de ver una cosa tan notable y espantosa.»

Junto á los *cumpis* adornados deben colocarse las telas, también á dos haces, cuyas figuras se repiten en ambas, pero con los colores contrapuestos, de modo, que si en una de las caras se tejen de blanco sobre fondo negro, en la otra aparecen negras sobre fondo blanco en el lugar exactamente opuesto. Sólo he visto esta labor en fajas, ceñidores y otras piezas estrechas, como vendas, cintas, *Uautus*, ramales de hondas y otras semejantes; son de mucho más cuerpo que los *cumpis*, porque necesariamente tiene que ser doble su trama.

Debo advertir que las dos grandes divisiones propuestas no están separadas en absoluto la una de la otra. Hay ejemplos de telas en cuyo tejido se observan reunidos los dos caracteres fundamentales de aquellos grupos. Entre el ropaje de una de las momias desenterradas en nuestra expedición al Pacífico, encontramos un saco de ahuasca de ínfima calidad, amarillosa y parda, en que alternan barras y listas longitudinales tupidas con otras ralas y flojas de verdadero chuce; notándose en los toscos estambres de alguna de las externas y próximas á las costuras, motas de borra de lana á guisa de rústico ornato.

Por último y para concluir con el capítulo de las telas del Perú prehispánico, diré, que por lo menos los yuncas de la costa las usaron estampadas, lo cual representa un notable adelanto en las artes industriales de aquella gente. Son rarísimas en los museos de Europa: en el del Trocadero luce una hermosa y bien conservada cortina ó tapiz de esa clase; y en el nuestro tenemos por fortuna (ó por casualidad) el pedazo cuadrilongo representado en una de las láminas que se acompañan con este artículo, y cuyo dibujo es el mismo que el del paño del Trocadero y con iguales tintas, pardo claro y pardo oscuro. Ambos ejemplares son de algodón amarillazo y bien tejido. Los moldes para la estampación eran de madera y abiertos toscamente; se conoce por ellos que el procedimiento estaba muy en sus principios. Se conservan algunos en el citado museo francés.

No me atrevo á añadir á estos dos ejemplares curiosísimos el *uncu* figurado por los Sres. Reiss y Stübel en su magnífica obra *The necropolis of Ancon* (tomo II, lámina 39), aunque á mí me parece estampado. Pero dichos señores, que pueden ser mis maestros y yo los reconozco por tales en esta materia y en otras muchas, aseguran que sus dibujos están ejecutados *with a free hand*. También es de fino algodón y las tintas de su pintura las mismas que las de la cortina del Trocadero y del

Muñoz contenía una copia de esta obra, aunque con el título variado y con el año 1616, procedente del Colegio mayor de Cuenca en Salamanca.

El P. Morúa ó Murúa era del mismo pueblo que San Ignacio de Loyola; fué comendador de su Orden, cura de Huata y doctrinero de Capachica.

pedazo de tela de nuestro Museo Arqueológico. Solamente difiere en el adorno, que es más variado, más artístico y en la falda pectoral ó anterior por el mismo estilo que las grecas oblicuas con patos y peces tan prodigadas en los tejidos y vasos de los yuncas.

El Sr. Wiener copia en su obra (*Pérou et Bolivie*, pág. 640) dos muestras de tela pintada, una hallada en Chancay, otra en Santa. La primera lleva exactamente el mismo dibujo, y al parecer con las mismas tintas, que el retazo de nuestro Museo; coincidencia que me hace presumir que el adorno es estampado, no pintado. En idéntico caso está para mí la tela de Santa, cuyo dibujo es distinto y muy original por cierto.

IV

TEJEDORES Y TEJEDORAS

De la organización social y política del antiguo imperio peruano derivaba, entre otras, por necesidad, la condición de que cada individuo tuviera que atender por sí mismo á todos los menesteres y exigencias de la vida: desde su humilde choza hasta el último trasto de su pobre ajuar, todo era obra de sus manos. Claro es que la ropa no había de exceptuarse de la regla general; como tampoco se exceptuaba de formar buena parte del tributo en trabajo que pagaban al Inca. Pero esto entiéndase que rezaba única y exclusivamente con la plebe ó masa de unidades anónimas y cuasi impersonales que formaban el pueblo; para los *curacas* y otras dignidades civiles y religiosas, para los descendientes de los antiguos reyezuelos de la tierra antes de que la dominaran los Incas (y no digamos para éstos y todos los de su casta y familia) la cosa era muy diferente: ni se ocupaban en mecánicas ni se hacían la ropa. Ahora bien, no por ser nobles ó divinos habían de andar en cueros, como sus comarcanos los *aucáes Chunchus*; y como la ropa tributada era de baja calidad y de una misma medida, es decir, de munición, buena para soldados, viejos é impedidos, pero indecente á la dignidad y rango de aquellas clases, y sobre todo á la naturaleza augusta y sobrehumana de los hijos del Sol, que les necesitaba á que sus vestiduras deslumbraran como los rayos de su padre ó alegraran los ojos como las flores de su madre la tierra, de aquí que tuvieran que apelar á algún recurso extraordinario para cumplir debidamente con estos indispensables requisitos de la indumentaria personal y propia, y la de toda la familia imperial, y de sus cortesanos, capitanes, gobernadores y criados, á quienes regalaban con frecuencia por amor, ó por ostentación, ó en premio de señalados servicios, con algún rico y magnífico *cumpi* que sólo podían vestir por su merced y viniendo de sus augustas manos. Y el recurso y modo de salir del compromiso fué endosárselo á las *acllas* ó mujeres escogidas entre las más hermosas de todo *Tahuantinsuyu*, reclusas en conventos con la puerta

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

entornada y sin rejas, especie de vírgenes que sin dejar de serlo parían de cuando en cuando del *Monarca de la luz*, del glorioso *Punchao*, robustos mamoncillos ó *huahuas*. En los patios ó *canchas* de estas clausuras (*aclla huasi*) asaz tolerables, y bajo la inspección y enseñanza de otras vírgenes jubiladas y venerables, las *mamacunas*, alternando con la composición y trasiego de las más generosas y diuréticas chichas, con la preparación de exquisitos y variados manjares, cuyo mayor regalo consistía en el puntillo del urente ají, con las lecciones de tamboril y de etiqueta en el servicio doméstico y cortesano del Inca, teñían, hilaban, tejían y adornaban aquellas vírgenes los más galanos y preciosos *cumpis*, así los que habían de quemarse en ofrendas al Sol, como los destinados á la persona del Inca, coya, ñustas y auquis, y á colmar las cestas de su recámara y almacén de mercedes.

En el oneroso privilegio otorgado á las *acllas* y *mamacunas*, hay, á mi parecer, mucho de leyenda, fundada en el respeto á la sagrada memoria de *Mama Ocllo Huaco* y á la de otras mujeres amigas ó hermanas de *Manco Cápac*. Estas matronas hubieron de tejerle el áureo y plateado vestido con que en cierta amanecida se presentó por vez primera sobre un cerro á los sencillos é ignorantes naturales de la comarca del Cuzco; los cuales, salido el Sol, deslumbrados con sus vivos reflejos en los metales del ropaje y adornos del aparecido, no necesitaron más prueba de que *Manco* era hijo del Padre del día. Mas, sea como quiera, es lo cierto que los *cumpis* imperiales no se labraron solamente en aquellos colegios ó *aclla-huasi*, serrallos, conventos y escuelas de artes y oficios en una pieza; pues consta la existencia de tiempo inmemorial en las principales poblaciones de *Tahuantinsuyu* de una especie de gremios de maestros tejedores llamados *cumpi camayoc*, que aseguran algunos autores trabajaban mejor y más fino que las obreras monjiles, en especial las piezas grandes de alto lizo, ayudándose de un compañero (*ahuacmasi*.) Por otra parte, ya sabemos por el P. Murúa que había determinados lugares famosos por su excelencia en la industria textoria, como *Capachica*, el *Arras* del antiguo Perú; y los primeros descubridores de este reino nos cuentan haber hallado ropas primorosas y ricas fabricadas en las regiones comarcanas con *Túmbez* por el Septentrión, con las cuales comerciaban cargándolas en balsas de vela y llevándolas por la costa de los yuncas, para trocarlas por *mullus* ó chaquiras de oro, plata, turquesas y conchas rojas como el coral, que acaso servían de moneda.

V

TRAJES—PARTES PRINCIPALES DE QUE SE COMPONÍAN

Con los telares que hemos descrito podían obrarse primores de habilidad y de prolijo esmero, mas no eran á propósito para esas grandes piezas de que acá cortamos

por metros ó palmos lo que se necesita para una camisola ó una casaca ¹; *chuces*, *cumpis* y *ahuascas* salían ya de ellos con las dimensiones que había de tener la prenda del vestido á que se destinaban, calculadas al poco más ó menos por el ordinario talle de los indios é indias; con excepción, empero, de las que el Inca había de traer y probablemente, sus consortes é hijos; como se deduce de una de las informaciones que instruía en el año de 1571 el virrey D. Francisco de Toledo durante su visita de la Sierra, en que declara uno de los testigos, llamado Juan Huallpa, de casta de Incas: que en tiempo de Huayna Cápac fué «veedor de su ropa y cotejador si la dicha ropa se hacía del largo y medida que era menester para el vestido del dicho inga».

Comunmente, cada una de las prendas componíase de dos piezas iguales que después se cosían por sus bordes internos; pero las de mucho lujo eran á veces de una sola; y nunca modificaban el largo ó el ancho con que salían del telar, con dobleces ó cortes de ninguna especie; pues hasta en el caso en que las tejidas de una sola pieza necesitaban llevar en el centro una abertura para poder vestirla, se la dejaban al tejer.

El traje variaba con el sexo y la localidad, y si bien las variantes no eran muy esenciales, dada la sencillez de aquél, parecen mayores y son, por consiguiente, dignas de notarse, en particular las que distinguían el vestido de los serranos del de los yuncas costeños, y entre éstos el de los hombres del de las mujeres. Necesito advertir que sólo hablo de las prendas más comunes é indispensables, no de otras que pudieran emplear en determinadas fiestas y ceremonias.

Las de los indios serranos eran tres: el *uncu* de los quíchuas y *ccahua* de los aymaraes, especie de camiseta, mantelete ó sotanilla cuadrilonga, de dos varas de largo, con una abertura en el centro para pasar por ella la cabeza y vestírsela pegada al cuerpo; y la capa ó manta *yacolla* q., *llacota* ay., muy semejante en el tamaño y hechura á las de nuestras camas; la cual se ponían sobre los hombros, y cuando bailaban, trabajaban ó hacían alguna cosa en que les servía de estorbo, la anudaban con los dos picos sobre el izquierdo, dejando fuera y libre el brazo derecho. Ambas eran de lana, salvo en rarísimos casos. Además, debajo del *uncu*, al entrar á los diez y ocho años en la mocedad, ceñíanse la *huara* q., *vecara* ay., faja de lienzo de una tercia de ancho cogida por la horcajadura, á modo de pañetes franciscanos ó zaragüelles cortos, con el fin de evitar las deshonestidades á que les exponía la cordedad del *uncu* ó *ccahua*.

Las indias de la Sierra gastaban pegada á las carnes una gran pieza cuadrada en que se envolvían como si fuera un refajo ó pañal, aunque no tan cumplido que no dejase ver al andar parte del muslo y la pierna derecha, aun después de ajustárselo al vientre y á la cintura con dos ceñidores ó fajas, generalmente muy galanas, llamadas *chumpi* y *mamachumpi*. Prendíansela trayendo los dos picos superiores, que al envolverse quedaban atrás, sobre los hombros, y los sujetaban al borde que cru-

¹ Sin embargo, Squier (*Peru-Incidents of travel*, etc.) dice haber encontrado en Pachacámac una mortaja de tejido de algodón ordinario que medía veinte yardas ó más.

zaba por delante y debajo del cuello con unos espetones llamados *tupus* q., *phitu* ay. Los nombres que daban á esta saya ó refajo eran: *acsu* q. y *urco* ay. Hoy lo usan y prenden exactamente del mismo modo las indias de los Andes orientales quiteños. Sobre el *acsu* y á modo de manto llevaban la *lliella* ó *anacu* q., *isallo* ay., la cual prendían sobre el pecho con otro espetón ó *tupu* más grande que los del *acsu*. Sobre la cabeza poníanse la mantellina, *ppampacuna*, *ñañacà* q., *uncu*, *uncuña*, *sunttukhallu*, *iscayo* ay., extendida ó doblada al uso italiano.

Otro tocado muy extraño era el que usaban las indias pacajes. Un capirote con el armazón tejido de *ichu*, el esparto peruano. Llamábase *tanga* ó *tanca* en aymará; nombre que hizo famoso el P. Acosta, por haber compuesto con su duplicado, *tanga-tanga*, el de la Trinidad de aquellos indios. Pero el Sr. Wiener ha hecho más con el antiquísimo cucurucho de las pacajes: suponer que es copia del que estaba en moda en tiempo de Inés Sorel y de Isabel de Baviera, é impuesto por una ley draconiana de los conquistadores á las indias de aquella región y comarcas de La Paz ó Chuquiabó, en castigo de sus tentativas de emancipación y retorno á sus antiguas costumbres. No es este el único *exceso* de erudición cometido por el Sr. Wiener en su *Pérou et Bolivie*; libro, que, á pesar de estas cosas, recomiendan la variedad y abundancia de sus noticias y grabados.

Los indios de la costa que corre desde el río Huayas (incluso la isla de la Puná, antes Tumpalá) hasta el desierto de Atacama, es á saber, huanca-huillcas, tumpicinos, tallanes, muchicas, chimores, irmeños, chinchas, aricas, etc., gastaban los *uncus*, por lo general, más cortos que los serranos; algunos no les pasaban de los pechos ó de la cintura; pero acostumbraban á añadirlos de dobles y triples randas de rapacejos y cenefas, caladas y ligeras. En cambio no aguardaban á ser púberes para calzarse las *huaras*, que se ponían desde niños, y eran, en casos, tan cumplidas y holgadas como unos calzoncillos á medio muslo. Otra particularidad sumamente notable de sus *uncus*, es la de que solían llevar mangas de una ó varias piezas cosidas en redondo al cuerpo de la tela desde el hombro al sobaco, las cuales llegaban á mitad del brazo y aun hasta el codo y más abajo, y á veces eran tan amplias, que hubo conquistador de los primeros que las comparó con dalmáticas. Usábanlos también de hechura de casullas, y debajo de éstas y de los *uncus* mangados, solían ponerse otros de lienzo de algodón más cumplidos, que ocultaban las *huaras* ¹.

Sus mantas ó *yacollas*, llamadas *chilpi* en uno de los idiomas yuncas, eran de algodón como casi todas sus ropas, muchísimo más ligeras que las *yacollas* serranas, y más para festejos ó ceremonias que para abrigo del cuerpo en clima tan seco y caluroso como el suyo; aunque, á decir verdad, yo he visto á los antiguos tallanes, hoy piureños, embozarse en sus mantas al soplo de un airecillo que á mí me sofocaba.

Las indias de la costa, así las plebeyas como las damas *capullanas* y *tallapunas*, vestían una especie de capuces ó capisayos que las cubrían desde la garganta hasta

¹ Véase en la lámina adjunta á este artículo, copiada de una de las que ilustraban la *Historia de Trujillo*, ya citada, la figura correspondiente á la momia del indio.

los pies, llamados *lutu* en su lengua. Eran de algodón y comunmente de color azul; pero las capullanas ó señoras principales, según parece, los cubrían con otros de encaje y de gasa ó de malla labrada y adornada á la manera de nuestras cortinillas. Al menos es lo que yo creo ver en una de las figuras de la lámina á que me refiero en la nota anterior. Sobre los hombros, dejando los brazos enteramente desnudos, se ponían unos *uncus* ó casullitas muy cortas que semejan esclavinas.

Formando parte del traje de una de las momias procedentes de nuestra expedición al Pacífico, he hallado una pieza de hechura de delantal con dos medios ceñidores de pasamanería, uno á cada lado del borde superior, no sé si para colgarlo del cuello adelante ó atrás, ó para ajustarlo á la cintura.

Los *tallanes* y quizá alguna más de estas naciones yuncas, se tocaban con turbantes ó almaizares á lo hebraico, es decir, rodeando la muselina á la cabeza, dejando suelto y largo el cabo anterior para pasarlo por bajo de la barba, y el posterior, más corto, sobre el occipucio á manera de rabo cefálico, que alguien, que no lo vió de cerca, creyó que era de carne y característico de aquella nación.

Otro tocado muy singular hubo de usarse también en tiempos muy antiguos entre algunas gentes de las varias que poblaron la costa yunca. Adornábanse con él igualmente hombres y mujeres y formáballo una toquilla de tela blanca ó teñida, enroscada sobre la cabeza en figura de caracol, con el borde anterior por medio de la frente y el posterior á la mitad del colodrillo. Vióse este remedo y abreviatura de turbante en las momias descubiertas en tiempo del obispo de Trujillo Martínez Compañón en los extraños enterramientos donde yacían con el cuerpo estirado y supino, postura desacostumbrada en los antiguos pueblos sur-americanos ¹.

Ninguna ocasión como esta para recordar, que entre los *huacos* regalados por aquel ilustrado tanto como ilustrísimo obispo al rey Carlos III y hoy existentes en nuestro Museo Arqueológico, hay uno (núm. 277) que representa un personaje de importancia, en cuyo tocado ó *chuco* sobresale una abultada insignia en forma de caracol y semejante á la toquilla que acabo de describir ². Y dice Mossi definiendo la palabra *huanya*: «caracol que se ponen los indios por gala en la cabeza»; quizá en recuerdo del tocado de aquella nación ó raza, extinguida seguramente antes de la conquista del Perú, y tan diverso de los *pillus*, *llautus*, *huaracas* y *huinchas* de los serranos y demás costeños como su modo de yacer en la sepultura.

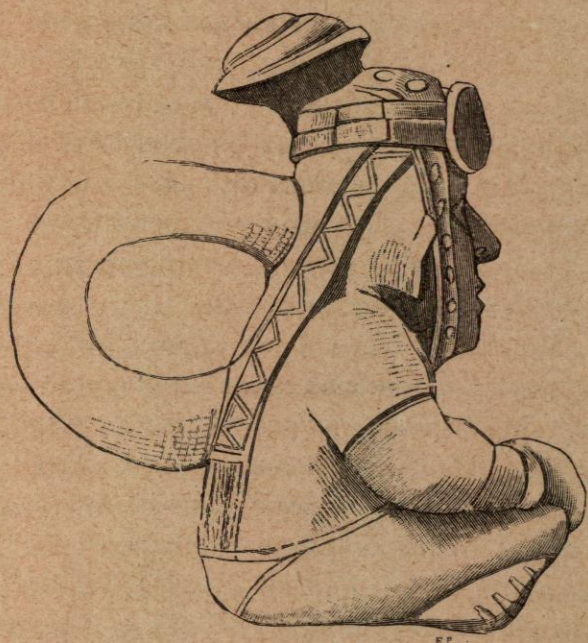
Tengo que decir todavía acerca del vestido de serranos y yuncas, que la prenda principal del de los hombres, incas, nobles ó plebeyos, era el *uncu*; en él ponían siempre la mayor riqueza y lujo de los adornos; y amén de los pulidos ribetes de trencilla, molinillo, punto pasado, ó de profusos y complicados flecos, randas, orlas,

¹ Cieza de León, Wiener y Raimondi hablan de estas singulares sepulturas, y sus descripciones acreditan la exactitud con que se copiaron en las láminas de la historia ordenada por el citado obispo, dos de las cuales se publican ahora por primera vez. Fr. Bartolomé de Las Casas, en su *Apologética historia* (cap. 249) supone que esta manera de disponer los cadáveres en su enterramiento era general entre los yuncas de la costa peruana. Inútil es advertir que padeció un gravísimo error.

² Véase á la página siguiente.

caireles y otros primores de pasamanería, solían chapearlos de piezas de orfebrería colgantes, aplicadas á la tela ó encajadas en el tejido. De éstas vieron muchas los primeros descubridores y conquistadores del Perú; yo únicamente he visto en el Museo de Bruselas una ó dos de algodón con figurillas de plata imitando peces, cosidas con tres ó cuatro puntadas.

Sin embargo, no siempre era el oro ó la plata con lo que tachonaban los *uncus* por mayor gala y prez del que los vestía. Cuenta el P. Murúa, que en el ya nombrado pueblo de Capachica le enseñaron una camiseta sembrada toda ella de uñas de indios que sus antepasados habían muerto, y que por hazaña y memoria se preciaban de



tener prendas de tantas vidas como allí se veían que faltaban, y fué por se defender del capitán Colla Túpac cuando quiso entrar á las ricas tierras que ellos poseían, las cuales ampliaban y defendían á fuerza de hondas, que manejaban con mucha destreza.

También conviene notar, que los *uncus* eran unas veces completamente sueltos, como las *cuxmas* de los indios quijeños del Ecuador, otras con los bordes laterales cosidos del todo, excepto las aberturas para sacar los brazos, ó sólo desde la axila á la mitad de la falda.

VI

DIBUJOS Y COLORES DE LOS TRAJES

Materia es esta que no puede tratarse por ocasión ó de soslayo, sino que requiere estudio particular y muy prolijo, y en el que lo emprenda dotes de verdadero ar-

tista acompañadas con la paciencia del observador. Porque es para mí indudable, que aun las combinaciones más complicadas y á primera vista confusas de figuras y motivos de adorno, líneas, tintas y matices, donde lucían y derrochaban sus más originales fantasías de coloristas y dibujantes tejedores, y que parecen ideadas exclusivamente para el recreo de los ojos, no sólo obedecían á razones de estética, pero también á otras relacionadas con la persona que había de vestirse y adornarse con aquellos primores de la industria y del arte. Por de pronto, nos consta que el número y color de las listas y barras sencillas servía para distinguir los indios de diferentes comarcas; sabemos además que no era *ad libitum* la distribución del campo ó haces de la tela en grandes cuadros, triángulos y escaques; que la profusión, variedad, dificultad y hermosura de los adornos corresponde casi siempre con la finura y sutileza del tejido; por donde cabe sospechar, ya que no deducir, que, en las prendas finas, el estilo del adorno servía de distintivo de los ayllos ó linajes nobles, de curacas, de jefes militares y civiles y de sacerdotes. Uno de los modelos de ornamentación más repetidos en las prendas de *cumpi*, sobre todo en los *uncus*, es el de las zonas ó grecas ajedrezadas, llamadas *pata* entre aymaraes y quíchuas, nombre que significa escalera y gradería, la cual, como ignorantes de los recursos de la perspectiva, representaban en sus dibujos con dos, tres, cuatro ó más hileras de escaques. Quizás fuera este adorno recuerdo de la escalinata por donde se subía al primitivo templo de la población que más tarde fué el Cuzco de los Incas, y, por lo tanto, distintivo de supremacía ó de gran antigüedad de linaje; hipótesis que aventuro, contra mi costumbre, por culpa en mucha parte del P. Murúa, que trae los *uncus*, *ancallos*, *acsus*, *isallus*, y otras vestimentas de las *coyas*, *ñustas*, *pallas*, *tallas* y *marmi-apus* pintadas en su obra, llenos de grecas y orlas de *pata* ó escalonadas, siendo de notar entre todas el *uncu* ó *ancaillo* rico de Huiracocha, todo él ajedrezado; los de Manco Cápac y su hijo Sinchi-Roca, con cenefa de tres órdenes de escaques, llamada *colcampata*, y la de Yahuarhuacac con la banda escaqueada, dispuesta, no al través, sino á lo largo, y que el P. Murúa distingue con el nombre de *cari*. Y para más estímulo de mi empeño en que las tales cenefas revelen altas dignidades y nobilísimo origen, hallo en el libro del noticioso mercedario esta concisa tradición:

«Dicen que antiguamente había rey en el Collao y que se llamaba *Yaculla*¹, y que fué señor desde Vilcanota hasta Chile, y aun más adelante. Comenzó el término de su jurisdicción desde una raya que viene bajando de un cerro, que hasta hoy se parece y se ve desde el camino real, emparejando con el cerro que está á mano derecha, yendo desde el Cuzco á Potosí, en el propio asiento y paraje de Vilcanota. Asimismo quieren decir fueron señores Tocay Cápac y Pinau Cápac desde Vilcanota hasta los Angaraes; y fueron reyes ó reinaron antes de los ingas; y tuvieron por capitán á un llamado Choques Huaman; los cuales fueron los primeros que se vistieron de *llankapata*, hecha de *cumbi* labrado con algunas diferencias, y *colcapata*,

¹ Recuérdese que *yacolla* es el nombre de la manta de los indios.

que es ajedrezada; las cuales mandaban hacer en Capachica, por ser los indios muy diestros para este menester, y mucho más en sus idolatrías... Y aun hasta hoy guardan las dichas ropas de *cumbi*, de las cuales, como dotrinante que he sido en el dicho pueblo de Capachica, he visto sacar algunas dellas el día del Corpus; pues por mi opinión y por las cosas que he visto se habían de quitar; porque si las sacan no es por honra de la fiesta, sino para honrar la que en todo el reino en tiempo de su idolatría se hacía por este mismo tiempo ¹, del *Aymoray*».

Como quiera, y dando de mano á conjeturas y probabilidades, ello es lo cierto que los antiguos peruanos concedieron especialísima importancia á la traza y diseño con arreglo á los cuales habían de distribuir los dibujos y combinar los colores de las prendas ya acabadas de su vestido; buena prueba el catálogo que voy á copiar, donde se distinguen en ese concepto y se determinan las diferencias con los nombres que aplicaron á cada una; y lo copio no sólo por esa razón, mas por juzgarlo fundamento lógico, seguro y sin dificultades de un sistema distributivo de las colecciones de indumentaria peruana.

En quíchua, denominábase: la ropa antigua y muy preciada, *ancallo*—el vestido de mujer galano y pintado de labores, *iñaca acsu*, *iñaca lliclla*—el de hombre del mismo modo, *lluppa ppacha*, *inca uncu*—la ñañaca ó mantellina de india pintada, *tocapu*, *acnopu ñañaca*—la listada de colores, *kuychi ñañaca*, esto es, mantellina como arco iris—el uncu ó camiseta con bandas ajedrezadas de origen colla, *collquz-pata*—la de colores muy finos é intensos, *llankapata*—la ajedrezada de los hombros al pecho, *ahuanqui uncu*—la de pintura ó labores trianguladas, *huamppar uncu*—la ajedrezada en los hombros y triangulada, *ahuanqui kcasana uncu*—la floreada ó colorada de muchos matices como de variedad de flores, *paucar uncu*—Los aymaraes decían: á la ropa ó vestido (*isi*) teñido de diversos colores, *cumpita*—al vestido rico, *tocapu isi*, *ccapacca isi*—al colorado ó carmesí, *vila patarana isi*—al de lana muy negra, *isi larama llanco*—al vareteado de diversos colores naturales, *charca-charca*, *kalla-kalla*, *suu-suu*—tornasolado, *huateca isi*, *paya samiri isi*—á la mantellina del tocado de las indias listada, *ccatila uncuña*—al *isallo* ó manto de india listado de azul en lo alto y bajo, *laramani isa'lo*—al *isallo* de las fiestas con tres listas en lo alto y otras tres en lo bajo, *cuncani isallo*—al *isallo* de cualquier ropa no teñida, *kora isallo*, *llacota isallo*, etc.—á la *llacota* ó manta de indio listada de alto á bajo en los dos lados, *hattuni*, *manxani*—á la colorada ó morada, *panti llacota*—á la *ccahua* ó camiseta de indio colorada ó morada, *panti ccahua*—á la ajedrezada, *ayquiipa*—á la tejida con varios colores de pájaros, flores, etc., *ppita* ó *ap-pita ccahua*—á la listada de diversos colores en las costuras, *kolini ccahua*, *kora kolini ccahua*—á la mitad azul, mitad colorada, *harputa ccahua*—á la de niños, entreverada de colorado ó azul, *sucullu ccahua*, etc.

¹ Llamado *Oncoy-mita*.

VII

CLASIFICACIÓN DE NUESTRO CUMPI-UNCU.—SU PROCEDENCIA

Con la consulta de los datos expuestos en los párrafos que preceden, la exacta apreciación del mérito y excelencias de esta joya de la indumentaria peruana y la elección del nombre que debe llevar, es obra llana y de poco momento.

Tejido de vellón, que así puede ser de cordero de llama como de alpaca ó de vicuña, á partes blanco, á partes teñido de finísimos colores, entre los que domina el noble carmesí, y rica y profusamente adornado y labrado á dos haces, es dechado perfecto de exquisitos *cumpis*. Su hechura, la de un un uncu sencillo con ribetes á punto trenzado y los bordes cosidos desde el sobaco á la mitad de la falda. Lleva además de la orla de cuadros en que remata la orilla inferior, otra también al través en la región correspondiente á la cintura, formada por dos líneas de escaques llenos de dibujos simétricos y de matices alternados, signo, á mi ver, como he dicho, de distinción y alto rango. Cruzada oblicuamente desde los hombros al pecho, luce una tercera banda compuesta de once filas de escaques lisos, dispuestos en dos series iguales y contiguas de colores negro, verde, amarillo, rosa y morado, de lindísimo efecto; y ella indudablemente da á la prenda su propio y específico nombre, el de *ahuanqui uncu*: porque el de *cumpi uncu*, en realidad, es genérico y comprende todos los *uncus* ó camisetas de tela prima y muy labrada.

Distínguenle, además, otras particularidades curiosas: primera, la de tener la urdimbre de algodón; segunda, estar tejido de una sola pieza, y tercera, que le califica de ejemplar rarísimo entre los mejores de su clase, la imagen de una planta con sus flores repetida y ordenada por series horizontales y con los colores alternativamente cambiados en los campos de las cuatro grandes divisiones de las faldas, salvo el espacio angular comprendido entre las dos medias fajas húmero-pectorales. Á pesar de la delicadez de sus tintas y perfiles, no he podido acertar con la especie á que pertenece; las exigencias y dificultades del tejido obligaban á los artífices peruanos á modificar de manera los contornos de los animales y vegetales figurados en tela, que llegaban á convertirlos en imágenes esquemáticas y convencionales del original. Con todo eso, sospecho por su *facies* botánica, que el tejedor quiso representar una amarilídea, acaso el *amancae* (*Ismene amancaes*), cuya abundancia es tal en las lomas marítimas peruanas, que al florecer al tiempo de las garúas, tiñe de improviso y casi por igual sus laderas y campos inmediatos de un bello color jalde y los perfuma de suave fragancia, fenómeno que es probable tuvieron por maravilla aquellas gentes, y por lo tanto, viesen en la planta que lo producía una *huaca* ó cosa sagrada y muy á propósito para honrar con su imagen las vestiduras de gran precio y señalado destino.

Esta particularidad de nuestro *ahuanqui-uncu* merece ser tenida tan en cuenta para la estimación de su valor, que en el riquísimo tesoro indumentario exhumado en Ancon (costa de Lima) por los Sres. Reiss y Stübel, sólo parece un retazo de tela, no muy bien conservado, con la figura, ó mejor dicho, esquema de una planta; y por ser único el caso y tan extraño, aun dudaron si aquélla más que de una planta lo era de un hombre cuyo cuerpo semejaba un esbelto tronco, los brazos dos pencas, cuatro raíces los dedos de los pies, y el todo rematado en una enorme cabeza tocada de rara manera ¹.

La papeleta que acompañaba al *ahuanqui-uncu* al pasar del Gabinete de Historia Natural al Museo Arqueológico, dice textualmente: «N.º 70.—Traje de Inca (*Pachayoc*, lengua quíchua.—Hallado con los huesos en un enterramiento de más de 500 años de antigüedad en las ruinas del templo de Pachacámac. (Perú).—Ejemplar notabilísimo.—Largo, 0,91.—Ancho, 0,79.»

Ignoro si los Sres. Directores de dicho Museo se han conformado enteramente con esta cédula. Creo que no, y que han hecho muy bien, si así es. En primer lugar, porque el objeto en ella señalado no es traje, sino una parte de él; en segundo, porque la añadidura de *Inga* (si se trata de un emperador peruano) denota una atribución demasiado taxativa; tercero, porque la palabra y forma de participio *Pachayoc* (con una *p*), compuesta de *pacha*, tiempo, y del sufijo *yoc*, que envuelve idea de posesión, significa «el que tiene tiempo»; y aunque, por descuido, se olvidase el autor de la cédula de una de las *pes* de *ppacha*, así y todo dijo «el que tiene ropa»; participios ambos inaplicables á un traje de Inca. Que el enterramiento contaba de antigüedad á los fines del pasado siglo ó principios del nuestro 500 años, es asimismo afirmación, por lo absoluta, imposible de sostener, atento á que los antiguos peruanos no usaban epitafios ni epigrafías, ni los productos de sus artes é industrias ofrecen señal alguna por donde calcular con acierto su antigüedad. Queda, pues, de provecho en la cédula (y no es poco), que el traje de Inca *se halló con los huesos en las ruinas del templo de Pachacámac*.

Por más preciosa que la prenda sea, no dudo en asegurar que ni la vistió ni pudo vestirla ninguno de los monarcas de aquel título; porque se sabe con certeza dónde fué á parar cada cual con sus huesos y carnes amojamadas. De alguno de sus ayllos ó descendencias no digo que no pudiera ser, porque todos llevaban por esa razón el tratamiento de *inca*; pero bien entendido que cualesquiera de estos *incas* que fuese, tuvo que morir en uno de los años transcurridos entre el reinado de Tupac Inca Yupanqui, conquistador de Pachacámac (que no se sabe cuándo reinó) y el de Huascar (1533). Tampoco es imposible que perteneciera á algún príncipe colla, puesto caso que los régulos de la antigua Irma (Pachacámac) y los de Rimac, Chimor, Chin-

¹ Op. cit., lám. 69 a, fig. 3. En mi humilde opinión, la figura representa, en efecto, un tronco con dos hojas y cuatro raíces, y la cabeza un gran fruto ó una flor apétala con tres largos estambres á manera de clavos ó espetones. Esta misma planta, con más correcto dibujo, se ve en una de las telas figuradas en la obra *Pérou et Bolivie*, pág. 514.

cha, Arica y otros sus vecinos comunicaron con aquella nación, como se demuestra, sin salir de esta materia de tejidos y ropas, por la bella é interesantísima faja de cumpi descubierta en Ancon por los Sres. Reiss y Stübel ¹, cuyas finas labores figuran personajes vestidos y arreados y en actitud parecida á la de los que adornan los frisos del grandioso portal monolítico de Taypicala, el Tiahuanaco de los Incas. Sin embargo, lo más probable es que lo dejara en Irma ó Pachacámac con la vida alguno de los *alac* ó soberanos de la costa (de cuya historia, sus dominadores, los hijos de Inti, nos han ocultado cuanto han podido), que por enfermedad ó devoción peregrinaba á la Meca de los yuncas, tan concurrida como lo fué en su tiempo de reyes, de incas y de plebeyos la de Copacabana é islas de Titicaca. Y el haber encontrado sus restos mortales en las ruinas del templo lo confirma; porque sus sacerdotes, como codiciosos paganos que eran, habían ideado é instituído entierros de primera, segunda, tercera y varias clases, graduando la categoría por la distancia de la sepultura al santuario, evitando así que cargaran sobre él demasiados cadáveres de las muchiguadas catervas de romeros pobres y dolientes á quienes no siempre les concedía la salud y la vida su Hacedor Pachacámac.

VIII

LOS PAÑOS DEL VIRREY DON FRANCISCO DE TOLEDO.—SU PROYECTO
DE UN MUSEO REAL DE ETNOGRAFÍA AMERICANA

Conste que en este punto doy por bien ó por mal concluída la tarea que me propuse, y que, por consiguiente, aquí debería *alzar la obra*. Pero si bien no enteramente dentro, está tan cerca de ella el episodio con que voy á añadirla, que no será necesario andar mucho para atar los dos cabos; pues voy á comenzar diciendo, que la conquista ni el establecimiento de los españoles en el Perú interrumpieron el ejercicio de las industrias fabriles é indígenas y que no obstante el menoscabo que necesariamente hubieron de sufrir con la introducción de artefactos europeos y asiáticos en aquel país y más aun con la instalación de obrajes á la española, de bayetas, jergas, cordellates y otros paños bastos—que fué la primera en llevar y establecer la benemérita matrona doña Inés Muñoz, viuda del valiente y pundonoroso Francisco Martín de Alcántara—, hoy es el día en que muchos de los indios serranos se tejen sus ahuascas y chuces á la antigua usanza. Y aunque la fabricación de los cumpis hubo de resentirse muy especialmente con la competencia de los cambrayes, holandas, tafetanes y sederías chinescas, todavía se labraban en Lima á los fines del siglo XVII curiosos reposteros, antepuertas y colgaduras blasonadas á dos haces. Es más, durante los dos primeros tercios del XVI debían subsistir los gremios ó compañías de cumpicamayos ó tejedores y tapiceros de fino; porque necesitando el virrey Don

¹ Op. cit., lám. 49.

Francisco de Toledo ilustrar de alguna manera con pinturas la *Historia del Perú* escrita por Pedro Sarmiento de Gamboa, se le ocurrió ó le aconsejaron que era lo mejor encargar la tarea á dichos artífices, los cuales le tejieron al efecto cuatro paños en que iban «pintados los bultos de los Incas y las medallas de sus mujeres é ayillos», y en las cenefas «la historia de lo que sucedió en tiempo de cada uno de los Incas, y la fábula y cosas notables que van puestas en el primer paño, que ellos dicen de *Tambotoco* y las fábulas de las creaciones del Viracocha que van en la cenefa del primer paño, por fundamento y principio de la Historia, cada cosa por sí distintamente, etc.» Y en la carta á S. M. con que acompañaba los paños y la Historia, fecha en el Cuzco á 1.º de Marzo de 1572, decía, refiriéndose á los paños: «y por concurrir en esto curiosidad de que V. M. gustará de ver y entender importancia tan grande á la verificación de este hecho, he querido en la mejor forma que acá, conforme á los oficiales de la tierra, se podía poder, enviar á V. M. esos cuatro paños, de que, siendo V. M. servido, se podían mandar más en forma en Flandes en alguna tapicería, que con más perpetuidad quedase la verdad que en ellos va... Y es cierto que aunque los indios pintores no tienen la curiosidad de los de allá, que por la flem.a y poca pesadumbre de su naturaleza, creo que gustaría V. M. de tener algunos en las casas de Aranjuez y el Bosque y el Pardo, no los he osado enviar sin licencia, que no es gente con quien es menester hacer más asiento que dalles la comida y la manta con que se cubren.»

Pues el gran político é ilustrado magnate que tanto interés se tomaba por estas curiosidades de la antigua historia del país de su gobierno, tuvo la idea y concibió el proyecto de crear un verdadero Museo etnográfico americano en el palacio real de Madrid, como consta de un modo evidente por otro capítulo de la misma carta que copiaré á seguida, advirtiendo antes, que ya por Marzo de 1571 le ordenaba Felipe II en su Consejo, que «en lo que toca á las cosas que se descubren y sacan de las huacas, si os pareciere que hay alguna dellas de calidad que puedan ser vistas acá, me la enviareis.»

«Cubdicia he tenido—escribía don Francisco—que entre las memorias de grandezas que de otros reinos V. M. puede tener en sus armerías y recámara, hobiese algunas piezas señaladas donde estuvieren las muestras, trazas y particularidades destas Indias y Mundo Nuevo que se ha descubierto y va descubriendo cada día, pues ni creo yo que faltaría de que henchir las piezas donde estuviera mejor tratado y más para gozar dello que yo lo vi todo en las bóvedas de la guardarropa de Vuestra Majestad; y no sería de menor grandeza lo de esta tierra para entretener y admirar á cualquier príncipe que viniese á la corte de V. M., que lo demas de los otros reinos.»—Y más abajo, especificando algunos de los objetos con que se proponía enriquecer el museo de la recámara real, añadía:—«Tambien me pareció que Vuestra Majestad entendiese los instrumentos con que se hacían reyes y señores estos naturales y la pulicia que alcanzaron en su tiempo de trajes é instrumentos bélicos y cultos de religion de sus idolatrías, de todas suertes de muestras solamente, y las

mismas muestras de las párias que han dado los bárbaros que han venido con embajadas de sus provincias á pedir la dotrina del Evangelio y sujetarse á la obediencia de V. M.; porque V. M. entienda que no es oro ni plata lo que nos traen, como á los pasados, ni será menester la licencia de V. M. para tomarlo en su real nombre.» Sin embargo, la pieza que más hubiera lucido en el Real Gabinete, la imagen ó estatua del Sol, toda de oro fino, que encontraron nuestros soldados en la recámara del Inca vencido y preso en Villcapampa, Tupac Amaru, opinaba D. Francisco de Toledo que se ofreciese al Papa: «Y cierto—escribía al rey á 9 de Octubre de 1572—que por ser la raiz y cabeza de todos los engaños é ídolos éste, de donde han pendido los demas, me parece que era paga y satisfaccion que V. M. podía hacer á Su Santidad del cuidado que le mandó tener de esto, cuando encargó á V. M. la conversion destas tierras.»

¿Se realizaron los deseos del gran virrey? Yo no lo sé. Lo único que me ocurre, para salir del paso, es un texto que me alegraría en el alma fuese, en vez de muy dudosa, cumplida respuesta. En carta dirigida á persona muy de su respeto, fecha en Madrid, el 10 de Enero de 1667, un eclesiástico curioso, de apellido Muret, agregado á la embajada francesa en España, describiendo el Real Sitio del Buen Retiro, decía: «...on en trouve trois autres petits [chasteaus], flanquez de fossez les mieus tenus du monde, car au lieu de l'au on y voit de parterres de cent mille figures. Le dedans de ces forteresses aparentes n'est pas un ratelier pour y pendre toute sorte d'armes ni un magazin de guerre; mais un trezor de tout ce que les Indes produisent de plus precieus. Je veus dire de tapis de l'ecorce des arbres, des habits de Montezumene et des Ingas du Perou, des cabinets d'une extrange maniere, de miroirs de pierre, de rideaus de lit composez de plumes et mille autres meubles, dont je sçay aussi peu l'usage que le nom. La confusion en est si grande qu'il faudroit etre tout un jour, si on pretendoit les considerer tous par la menu ¹».

¹ *Lettres écrites de Madrid en 1666 et 1667 par Muret.*—Publicées par M. A. MOREL-FATIO—Paris: M. D. CCC. LXXIX (págs. 53-54).



Lit. J. Mateu, Barquillo, 4 y P^o del Prado, 30

GUMPI-UNCU

hallado en un enterramiento de Pachacámac

Museo Arqueológico Nacional

Long. 0,90, Anch. 0,80.



RARISIMO FRAGMENTO DE ANTIGUA TELA AMERICANA ESTAMPADA,
que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional. (*Tamaño natural.*)

LIT. MATEU, MADRID.



Hombre (Ñofæn.)



Mujer (Mecheræc)

MOMIAS YUNCAS YACENTES.

Reproducción exacta de dos láminas de la Historia del Obispado de Trujillo en el Perú, escrita u ordenada por su obispo Baltasar Jaime (Bibl. particular de S.M.)

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

ESTADO LIBRE ASOCIADO
DE PUERTO RICO
BIBLIOTECA